

# Título: La Decimotercera Campanada

## Parte 1

### ÍNDICE: El Mecanismo del Olvido

#### Parte I: El Despertar del Engranaje

- **Prólogo:** *El latido de bronce.*
- **Capítulo 1:** *El eco de lo que falta.* (La desaparición de Arthur y el primer encuentro con el Cronos de Ébano).
- **Capítulo 2:** *La anatomía del segundo perdido.* (El hallazgo del cadáver del abogado Sterling y la primera aparición del Espíritu).
- **Capítulo 3:** *El mecanismo de la carne.* (El descubrimiento del pasadizo secreto y el diario de Malachi Blackwood).

#### Parte II: La Sincronía del Terror

- **Capítulo 4:** *La sinfonía de los engranajes rotos.* (La confrontación con Elias y la revelación de la naturaleza del reloj).
- **Capítulo 5:** *El vacío entre los segundos.* (El clímax en el vacío y la paradoja de la llave dorada).
- **Capítulo 6:** *La cicatriz del cronómetro.* (El despertar de Julian en el solar baldío y la aceptación de la pérdida).

#### Parte III: El Tiempo que no Cesa

- **Epílogo:** *El segundo sobrante.* (El encuentro en la estación de tren y el reloj de trece números).
- **Nota del Autor:** *Los engranajes del destino.*

#### Prólogo :

En el centro del vestíbulo de la Mansión Blackwood no hay cuadros caros ni alfombras persas. Solo está *Él*. Un reloj de pie, tallado en madera de ébano tan oscura que parece absorber la luz de las velas. Su péndulo no oscila de izquierda a derecha; se mueve en círculos, como si removiera el tiempo mismo. Los lugareños dicen que el reloj no marca las horas, sino que las devora. La Enigmática (Enfoque en el Destino)

"El futuro no es lo que viene después del presente; es la sombra que el presente proyecta hacia atrás para guiarnos hacia nuestra propia ruina."

— *Atribuido a Malachi Blackwood, 1884.*

## **Capítulo 1: El eco de lo que falta**

La lluvia golpeaba los ventanales de la Mansión Blackwood con la insistencia de alguien que intenta advertir un peligro. Julian Vane se sacudió el agua de su gabardina de sarga, produciendo un sonido sordo que se perdió en la inmensidad del vestíbulo. No le gustaban las casas que se sentían más grandes por dentro que por fuera; esa distorsión espacial solía ser el primer síntoma de una arquitectura enferma.

—El señor Blackwood no era hombre de desaparecer, detective —dijo el mayordomo, un hombre llamado Elias, cuya piel parecía pergamino estirado sobre un cráneo demasiado anguloso—. Era un hombre de rutinas. De minutos. De segundos.

Julian no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en el centro de la estancia. Allí, donde cualquier otro millonario habría colocado una estatua griega o una fuente de mármol, se erguía "**El Cronos de Ébano**".

Era un reloj de pie que medía casi dos metros y medio. La madera no brillaba; era un negro mate, tan profundo que los bordes del mueble parecían difuminarse con las sombras de la pared. Lo más inquietante no era su tamaño, sino el sonido. No hacía el clásico *tic-tac*. Era un latido húmedo, rítmico, como si un corazón de bronce bombeara aceite pesado a través de venas de engranajes.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vieron? —preguntó Julian, acercándose al reloj.

—Anoche. A las tres de la mañana —respondió Elias con voz trémula—. Escuché un ruido seco. Como el de un libro cerrándose de golpe. Cuando llegué aquí, la puerta del vestíbulo estaba cerrada por dentro, pero el señor Arthur se había ido.

Julian se acuclilló frente a la base del reloj. Sacó una linterna pequeña y barrió el suelo de roble. No había huellas de barro ni signos de forcejeo. Pero, justo debajo de la base tallada con figuras de ángeles llorando, encontró algo que le erizó el vello de la nuca.

—Ceniza —susurró Julian, frotando el polvo gris entre sus dedos.

No era ceniza de cigarro ni de chimenea. Era un polvo finísimo, casi plateado, que desprendía un olor metálico, como el ozono después de una tormenta eléctrica. Al levantar la vista hacia la esfera del reloj, Julian sintió un mareo súbito.

Los números romanos del reloj estaban dispuestos de forma convencional, del I al XII, pero las manecillas estaban bloqueadas en una posición imposible. La manecilla de la hora apuntaba al III, pero el minuterero no estaba en el II (para marcar las 3:10) ni en el III (para las 3:15). Estaba suspendido en un espacio vacío, justo donde debería haber una marca, pero el segundero vibraba violentamente, intentando avanzar hacia una posición que no existía en la esfera.

—Dígame, Elias... —Julian se puso en pie, sintiendo que el aire de la habitación se volvía más denso—. ¿Cuántas veces sonó la campana anoche?

El mayordomo palideció, apretando las manos detrás de su espalda.

—Conté doce, como era de esperar, señor Vane. Pero... hubo una vibración después de la última. Un eco que duró demasiado. Como si el aire mismo estuviera gritando.

Julian se acercó más al cristal que protegía las manecillas. Al acercar su rostro, el vaho de su respiración empañó el vidrio. Por un instante, antes de que el vapor se disipara, vio algo reflejado en el cristal que no estaba en la habitación: una figura alta, vestida con jirones de una túnica que parecía estar hecha de arena cayendo eternamente.

El detective retrocedió un paso, llevando su mano instintivamente al revólver que guardaba bajo la chaqueta.

—¿Quién más está en esta casa, Elias?

—Nadie, señor. Solo los criados en el ala norte y el abogado de la familia, el señor Sterling, que está en la biblioteca revisando el testamento.

En ese preciso momento, el reloj dio un espasmo. El péndulo circular, que hasta entonces se movía con una calma hipnótica, se detuvo en seco. Un silencio sepulcral, casi doloroso para los oídos, inundó la mansión.

Entonces, desde las profundidades del mecanismo de bronce, surgió un sonido que no era metálico. Fue un suspiro humano, cargado de siglos de cansancio.

—*Julian...* —susurró una voz que parecía venir de dentro de sus propios pensamientos.

El segundero, con un chasquido que sonó como un hueso rompiéndose, saltó hacia adelante, marcando una posición invisible fuera de los límites del tiempo conocido.

Había comenzado la decimotercera hora.

## **Capítulo 2: La anatomía del segundo perdido**

El silencio que siguió al suspiro del reloj no fue un alivio, sino una presión física. Elias, el mayordomo, se había quedado lívido, con los ojos fijos en el péndulo circular que ahora empezaba a girar en sentido contrario a las agujas del reloj, ganando una velocidad antinatural.

—Quédese aquí —ordenó Julian, aunque su propia voz le sonó extraña, como si viajara a través de agua—. No toque nada.

Julian se dirigió hacia la gran escalera de mármol que conducía a la biblioteca. El aire en el pasillo se sentía diferente; cada paso que daba parecía requerir un esfuerzo titánico, como si la gravedad se hubiera vuelto selectiva. Al llegar a la doble puerta de caoba de la biblioteca, un olor acre, mezcla de azufre y papel viejo, le golpeó las fosas nasales.

—¿Sterling? —llamó Julian, empujando la puerta.

La biblioteca de la Mansión Blackwood era un laberinto de estanterías que ascendían hasta un techo pintado con constelaciones antiguas. En el centro, sobre un escritorio de roble, una lámpara de gas parpadeaba con una luz violácea.

El abogado Sterling estaba sentado en su sillón de orejas, de espaldas a la puerta. Su mano derecha colgaba inerte hacia el suelo, y entre sus dedos entumecidos, una **llave de cuerda dorada** descansaba sobre la alfombra.

—Señor Sterling, lamento la intrusión, pero...

Julian se interrumpió al rodear el escritorio. El horror que encontró desafiaba cualquier lógica forense. El hombre que había visto entrar apenas una hora antes —un abogado de unos cuarenta años, enérgico y pulcro— era ahora un cadáver marchito. La piel de Sterling se había pegado a sus huesos como un guante de cuero viejo; su cabello, antes negro, era una maraña de hilos blancos y quebradizos. Sus ojos estaban abiertos, fijos en un punto invisible, reflejando un terror absoluto.

Julian le tomó el pulso por puro instinto profesional. La piel estaba fría, pero no con el frío de la muerte común, sino con la temperatura del hielo seco.

—Ha muerto de... tiempo —susurró Julian para sí mismo.

Al mover el cuerpo ligeramente, un detalle captó su atención. En el pecho de la víctima, justo sobre el corazón, la camisa de seda estaba quemada con un patrón circular perfecto. No era una quemadura de fuego; los bordes estaban limpios, grabados en la carne como la marca de un sello. Julian reconoció el patrón: era exactamente el mismo diseño de los engranajes internos del Cronos de Ébano.

De repente, la lámpara de gas se apagó de golpe.

En la penumbra, Julian vio que la sombra de Sterling en la pared no se movía con el cuerpo. La sombra seguía sentada, erguida, y empezó a estirarse, despegándose de la superficie bidimensional para cobrar volumen. Una figura translúcida surgió de la oscuridad detrás del sillón.

Era el espíritu del reloj. Sus ropajes de arena fluían constantemente hacia arriba, desafiando la gravedad, y donde debería estar su rostro, solo había un vacío palpitante que recordaba al mecanismo de un cronómetro. El espíritu extendió una mano larga y esquelética hacia la llave dorada que Sterling había dejado caer.

—No —dijo Julian, adelantándose y pisando la llave antes de que el espíritu pudiera tocarla.

El ser se detuvo. Un sonido de mil manecillas girando al unísono emanó de su pecho. Julian sintió una punzada de dolor en las sienes; era como si el espíritu intentara comunicarse proyectando recuerdos directamente en su cerebro. Imágenes de engranajes gigantes, de estrellas colapsando y de una mujer llorando frente a un reloj vacío pasaron por su mente en un milisegundo.

—¿Quién eres? —logró articular Julian, manteniendo la bota firme sobre la llave—. ¿Qué le has hecho a esta gente?

El espíritu no respondió con palabras, sino que señaló con un dedo huesudo hacia el gran ventanal de la biblioteca. Afuera, la lluvia se había detenido en el aire. Las gotas de agua flotaban suspendidas, como diamantes estáticos, congeladas en el tiempo. El mundo exterior se había detenido, pero dentro de la mansión, el reloj seguía devorando los minutos.

El espíritu se desvaneció en una ráfaga de polvo plateado —la misma ceniza que Julian había encontrado en el vestíbulo—, pero antes de irse, una palabra resonó en el aire, clara y dolorosa:

"...Tarde..."

Julian recogió la llave dorada. Estaba caliente, casi al rojo vivo. Al darle la vuelta, vio una inscripción en latín grabada en el mango: *Vitam pro Tempore* (Vida por Tiempo).

Fue entonces cuando escuchó el primer golpe. No venía del pasillo, sino de **dentro** de las paredes de la biblioteca. Un golpe rítmico, como si alguien estuviera atrapado detrás de las estanterías de libros, tratando de salir de un espacio que no debería existir.

### Capítulo 3: El Mecanismo de la Carne

Julian no regresó al vestíbulo. El sonido de los golpes tras la estantería de la biblioteca tenía una cualidad orgánica, un chapoteo rítmico que no encajaba con la piedra o la madera. Con la llave dorada quemándole la palma de la mano a través del guante de cuero, Julian comenzó a retirar tomos encuadernados en piel.

Detrás de una edición de *La Divina Comedia*, sus dedos tropezaron con una muesca metálica. Al insertar la llave dorada, no escuchó un simple "clic", sino el quejido de mil resortes liberándose a la vez. Una sección de la biblioteca se deslizó hacia atrás, revelando un pasadizo tan estrecho que Julian tuvo que ponerse de lado para avanzar.

#### El Corazón de la Máquina

El pasadizo no conducía a un sótano, sino al interior de los muros que rodeaban el gran reloj de ébano. Aquí, el aire era espeso y sabía a cobre. Las paredes no estaban hechas de ladrillo, sino de engranajes de bronce del tamaño de ruedas de molino que giraban lentamente, moliendo el silencio.

Julian encendió su linterna. El haz de luz iluminó algo que le revolvió el estómago: los ejes de los engranajes estaban lubricados con un fluido oscuro y viscoso que goteaba desde el techo. Siguió el rastro de la sustancia hasta una cámara central, situada justo detrás de la esfera del reloj.